

es como un entretenimiento y nada más, y sea verdaderamente pío, que harto lo exige el caso. Lea mi *Meditacion* sobre el dinero como quien lee un libro de cocina cuando tiene hambre, y hallará en mi *Meditacion* algun consuelo y alivio.

Si por dicha, que no es de esperar, mi *Meditacion* no pareciese muy mala, tal vez me animaría yo á escribir otra sobre las contribuciones y los empréstitos de España, diciendo siempre lo que dice el vulgo y nada más que lo que dice el vulgo, sin meterme en honduras.

LAS ESCRITORAS EN ESPAÑA

Y ELOGIO DE SANTA TERESA

LAS ESCRITORAS EN ESPAÑA
Y ELOGIO DE SANTA TERESA (1).

Nada podría lisonjearme y agradarme más que el encargo que me habeis dado de contestar al bello discurso que acabamos de oír. Su autor, recibido hoy en el seno de esta corporacion, está unido á mí por lazos de parentesco, y, lo que es más estimable y grato, por amistad de mucho tiempo, jamás interrumpida hasta ahora y que promete no serlo nunca.

Si la disposicion de ánimo, que de este afecto nace, no tuerce mi juicio, inclinándole á la benevolencia, me atrevo á afirmar que la obra literaria, que el nuevo Académico nos ha leído, corrobora las razones que para elegirle tuvís-

(1) Discurso leído en la Real Academia Española, el 30 de Marzo de 1879, en la recepcion del Conde de Casa-Valencia.

teis, siendo dichosa muestra de sobriedad, tersura y sencilla elegancia de estilo y cumplido dechado de crítica juiciosa.

Pero, por mucho que valga su discurso, el Conde de Casa-Valencia habia exhibido ántes otros títulos de más valer para aspirar á tomar asiento entre vosotros.

No pocas veces he discutido yo con él acerca de un punto importantísimo en la historia de toda literatura, y singularmente de la española, en nuestros días. Fundábase nuestra controversia en este aserto, que dábamos por sentado: en nuestra España apénas tiene el escritor el incentivo del lucro, ó es tan ruin el incentivo que no debe suponerse que sea él y no el amor de la gloria quien á escribir estimule.

La controversia era, pues, sobre si tal carencia, ineficacia ó escasez de incentivo, era un bien ó un mal para las letras.

Como yo no vengo aquí á hacer pública confesion de mis culpas, no diré si por carácter vacilo; pero sí confesaré que, salvo en ciertas cuestiones de primer orden, en que sostengo siempre la misma opinion, rayando en tenacidad mi consecuencia, suelo en muchas otras, que considero secundarias, vacilar con demasia y no acabar nunca de decidirme, fluctuando entre los

más encontrados pareceres. Percibo ó imagino que percibo cuantos argumentos hay en pró y en contra, y ya me siento solicitado por unos, ya atraído por otros, en direcciones opuestas.

En este asunto de las letras mal remuneradas me ocurre, mil veces más que en otros, tan lastimosa fluctuacion.

Prescindo del interés que como escritor me induce á desear que los libros se vendan á fin de hallar en componerlos medio honrado de ganar la vida. Y libre mi criterio de esta seduccion, diré en breves frases lo que en pró de ambos pareceres se presenta á mi espíritu.

Cuando era yo mozo, me encantaba la lectura de un tratado del célebre Alfieri, cuyo título es *Del Príncipe y de las letras*. Nada me parecia más razonable que lo que allí se afirma. Todavía, en tiempo del autor, los poetas, los filósofos, los que componian historias, todos los escritores, en suma, conñaban poco con el vulgo, y esperaban ó gozaban remuneracion por sus trabajos de algun magnate, monarca, tirano ó señor espléndido, que los protegía. Contra esto se enfurece Alfieri, declama con severa elocuencia y se desata en invectivas y en raudales de indignacion. Para complacer al príncipe, magnate ó tirano, á quien se sirve y de quien todo

se espera ó teme, importa adular, encubrir á menudo las verdades más provechosas al género humano y emplear un estilo sin nervio. El escritor, pues, que se respete y que estime su misión en lo que vale, es menester que se sustraiga y emancipe de la protección y tutela del tirano, que aprenda y ejerza oficio manual para vivir independiente, y que, de esta manera, escribiendo sólo por amor á la gloria y por filantropía, esto es, por deseo santísimo y purísimo de adoctrinar á los hombres y de hacerlos más virtuosos, componga obras merecedoras de pasar á la posteridad, para bien de las generaciones futuras, á quienes sirvan de guía y norte.

Todos estos razonamientos repito que me encantaban. Y yo daba gracias fervientes al cielo porque me habia hecho nacer en una edad en que las cosas habian cambiado de tal suerte, que el escritor, contando con el público, para nada necesitaba de tirano á quien adular, ni á fin de no incurrir en su enojo se veia obligado á callar las más útiles y hermosas teorías.

Después vinieron la contradicción y la duda. Esto que hoy se llama público y que en lo antiguo con vocablo ménos respetuoso se llamaba vulgo, ¿no es tirano también? ¿No es menester

adularle si queremos ganar su voluntad? ¿No conviene decirle las cosas que le deleitan para tenerle propicio? ¿No se necesita callar las verdades más sanas para que no se enfade?

Si el público fuera en realidad equivalente al vulgo, si el público y el pueblo fuesen la misma entidad, aún se podría sostener que posee, si no reflexivo acierto para apreciar la bondad, la verdad ó la belleza, instinto semi-divino y casi infalible que le lleva á fallar sobre todo ello con justicia. Pero, entre las muchedumbres que gozarán, á no dudarlo, de tan noble instinto, y el escritor que á ellas se dirige, siempre ó casi siempre se interpone cierta capa social, aunque leve y sutil, muy tupida, donde la voz se embota y apaga ó el escrito se detiene, sin llegar ante los ojos ó sin penetrar en los oídos de ese vulgo ó de ese pueblo, que exento de prejuicios y con certera candidez sabría decidir lo justo, si la voz ó el escrito se pusiera á su alcance. Detenidos éstos en la mencionada capa social, sólo de ella pueden los escritores esperar hoy el galardón que apetecen. Lo malo es que las gentes que forman esta capa social son, á mi ver, poco á propósito para el fallo. Egoístas en grado sumo, se dejan arrastrar de la pasión ó del interés del momento. Hasta lo más excelso y tras-

cidental se subordina á la moda: ora por moda son creyentes; ora por moda son impíos. A la adulacion se hallan tan propensos como el más engreido tirano. Y suelen carecer del buen gusto de que algunos tiranos, protectores de las letras, han dado pruebas brillantísimas. Bien puede ponerse en duda que haya habido jamás clase media bastante ilustrada para competir en tino, al proteger la poesía y las demás letras humanas, con Pericles, Augusto, Mecenas, Bembo, Leon Décimo, Lorenzo el Magnífico, Luis XIV de Francia y el Duque de Weimar. Ni sé yo, si se ahonda y escudriña bien este negocio, qué cosas tan útiles al linaje humano se hubieron de callar los protegidos por no incurrir en el desagrado de sus egregios protectores. ¿Qué prohibiría decir, por ejemplo, el Duque de Weimar á Herder, Wieland, Lessing, Goethe y Schiller? Yo me doy á entender que ellos dijeron todo lo que quisieron, y que, sin miedo de perder el favor del amable soberano que los hospedaba y regalaba con generosa magnificencia, permítaseme lo familiar de la frase, se despacharon á su gusto.

No se opone esto á que Alfieri en general tuviese razon; pero es menester hacer extensivo su argumento no solo al escritor que se somete

á un príncipe, sino tambien al escritor que al público se somete. Pordonde vendrá á inferirse que la verdadera independenciam y nobleza de quien escribe está en el propio ser de su alma y no en la circunstancia exterior de que viva asalariado por un príncipe ó por un mercader de libros que le paga con lo que del público cobra.

Sea como sea, en el dia este segundo modo de ganar algo con las letras es el único posible. Los príncipes no son señores de vidas y haciendas; apénas se halla tirano, amable ó no amable, que pueda disponer de la fortuna pública para proteger á los pœtas y literatos; y lo más natural es que éstos se hagan pagar por el público su trabajo; porque no se ha de confundir por ningun estilo el antiguo patrocinio de los príncipes con lo que hoy se llama proteccion oficial. Esto, por muchas garantías que se den y por más exquisitas precauciones que se tomen, tiene todos los inconvenientes de los otros dos modos de proteccion. En lo tocante á servilismo baja hasta lo ínfimo, pues no se trata ya de adular á los Médicis ó al distinguido y simpático Duque de Weimar, sino al Ministro, tal vez zafio y oscuro, al Director, tal vez lego, y acaso, acaso, al triste Oficial del Negociado. Las

elegancias cortesanas, los primores del estilo, la atildada compostura, que para ganar la proteccion de la Corte se requerian, están aquí de sobra. Por todo lo cual entiendo que de esta proteccion oficial, concedida en virtud de prosaicos expedientes, sólo nace una literatura enfermiza y enteca, como planta criada en invernáculo: libros de pacotilla, sin elevacion ni libertad de espíritu en quien los escribe, y desprovistos además de aquella distincion y de aquella pulcritud aristocráticas, que siempre son un mérito, no existiendo otros de más sustancia.

Así, pues, yo propendo á creer que es inútil, si no por todo extremo nociva, la proteccion oficial á la literatura, y en particular á la amena, y sólo comprendo que proteja y subvencione el Estado ciertas producciones tan hondas, sutiles y tenebrosas, que se pueda presumir razonablemente que no cuentan en una nacion, medio cultura siquiera, con un público que pase de cien personas, como por ejemplo, un libro de matemáticas sublimes, erizado de fórmulas, signos y figuras, y atiborrado de cifras, misteriosas para el profano. Lo demás, ó dígase novelas, versos, historia, política, y hasta filosofía, el público debe pagarlo, y si no lo paga, mejor es que no se escriba ó que se escriba de balde.

Casi se puede afirmar que tal es el caso en España.

Aquí renace la cuestion. ¿Esto es un mal ó es un bien? Yo, á pesar de mis vacilaciones, y á pesar del interés personal que me lleva á creer lo contrario, creo que es un bien.

Todo el que tiene ó imagina tener algo peregrino, bello y nuevo que decir, de seguro que no se lo calla; lo dice, aunque no se lo paguen. Por decirlo es muy capaz de pagarlo, si tiene dineros. ¿Hay mayor hechizo que el de que nos escuchan ó nos lean? Fiado en este hechizo, trazó Leopardi el gracioso y lucrativo proyecto de una compañía ó sociedad de oyentes, que se haria pagar por oír á los autores. El filósofo que inventa un sistema, el vidente que percibe al número agitando su alma, y el poeta á quien el estro hiere y aguija con invencible brío, escribirán sus filosofías, sus poesías y sus visiones, aunque nada les valgan. El escribir entónces será de veras sacerdocio: algo de devotísimo y sagrado que no se tomará por oficio. Se escribirán pocos libros medianos. Sólo se escribirán algunos buenos.

Y se escribirán muchos pésimos, por los alucinados de la gloria; pero esto no obsta, porque el río del olvido los arrastrará en su cor-

riente, á poco de haber salido á luz y sin dejar huella ninguna.

De que los libros no valgan dinero resultará que todos aquellos hombres de entendimiento, que sirven para algo, harán mil cosas útiles y no escribirán. Sólo escribirán los verdaderamente inspirados, los amantes de la gloria, los punzados é impelidos por el estro, los que tienen algo grande y nuevo que decir, ó el que absolutamente no sirve para nada, y, como ha seguido carrera literaria, se hace escritor, desesperado de no poder ser otra cosa y para consolación en su desventura.

Infero yo de aquí que no reflexionan derechamente los que, llenos de terror de que haya tanto letrado en España, dicen que deben dificultarse las carreras á fin de que muchos tomen oficio ó se empleen en más humildes menesteres; porque nuestras aficiones hidalgas ó señoriales no lo consentirán nunca; y, si el que estudia algo, aunque sea poco, se convierte hoy en autor, cuando no estudie nada, y no espere regalo y favor de las musas, como ya hacen muchos que no han cursado en las Universidades, se convertirá en hacendista, y las cosas empeorarán. Un poeta, por perverso que sea, es al cabo ménos dañino que cualquiera aspirante á

ministro de Hacienda, ó á banquero ó á director del Tesoro.

El argumento no vale, sin embargo, sino para probar que no son dañinos los muchos autores, y no para excitar á que se paguen sus obras.

Donde éstas se pagan bien, por lo rico y más próspero del pueblo para quien se escriben, hay que lamentar hoy cierta plétora. Así en Inglaterra. Tauchnitz, editor de Leipzig, hace una edición de autores ingleses, contemporáneos los más. Es de presumir que sólo publica lo mejor. Su biblioteca ó coleccion, no obstante, consta ya de mucho más de mil volúmenes. Convengamos en que esto pone grima. ¿Es posible que el espíritu humano, por fértil que sea, tenga suficientes primores, novedades y lindezas que decir, para llenar tantos volúmenes, ó habrá harto de repeticiones y de palabrería? Lo confieso: al ver esta viciosa lozanía, esta intrincada selva ó matorral de libros, que nacen donde se pagan, casi me avengo á que no se paguen aquí ó se paguen mal, á fin de que sólo escriban los que por ilusión sandia se creen *genios*, ó los que tienen algo de *genios* y no pueden ménos de escribir. Los libros de aquéllos pasarán y los pocos de éstos quedarán, como conviene que queden, sin con-

fundirse en el fárrago insulso de tanto como por oficio se escribe.

Por otra parte, donde no valen dinero las obras literarias, los autores no suelen ser tan prolijos en escribir, y esto es gran ventaja. Aunque yo disto infinito de ser profundo, venero la profundidad, si bien me guardo de confundir lo profundo con lo difuso. Y cierto que hoy se peca gravemente en esto, donde los libros valen. Hay, verbigratia, una Historia de Inglaterra, que se toma por modelo. No empieza la narracion sino doscientos años há. El autor murió dejando escritos, en unos ocho tomos de la citada edicion de Tauchnitz, ocho años sobre poco más ó ménos de dicha historia. Para escribirla toda hasta hoy hubiera sido menester en el autor la facilidad del Tostado y la vida de Matusalen, á fin de escribir doscientos tomos. Y hasta para leer toda la historia uno que no leyese muy de priesa tendria que consumir lo mejor de su vida.

Si estas razones tengo para no sentir que el oficio de escritor sea bien retribuido, no faltan razones desinteresadas para desear que lo sea. Y es una de gran peso el considerar que no se logra escribir bien y sacar á luz obras inmortales con larga meditacion y estudio, sino que las mejores obras suelen brotar de repente, y el au-

tor las produce como por milagro y caso divino, escribiendo veinte cosas malas ó medianas ántes de atinar con una buena.

En los terrenos feraces, si se siembra trigo y se cultiva bien, el trigo nace en abundancia; pero no dejan de nacer cizaña y otras yerbas perniciosas; y, sin embargo, no es razon que, á fin de evitar que la cizaña nazca, se quede por cultivar el terreno y no se eche en él buena simiente. Ya vendrá en su dia y sazón quien escarde el haza ó sembrado, y arranque lo que allí ha nacido de más, á fin de que el trigo crezca, medre y cunda sin ahogo.

Esto, en las letras, lo hace la crítica. Porque yo me figuro, pongo por caso, que habia de haber un sin número de cantos ó narraciones populares sobre la guerra de Troya, y que sin duda algun sabio discreto desechó lo más y escogió lo ménos y más hermoso, y, enlazándolo entre sí con artificio y órden, compuso los maravillosos poemas de la Iliada y de la Odiséa. Y del gran moralista antiquísimo de los chinos, no ya por presuncion se colige, sino que á ciencia cierta se sabe, que de fatigosa cantidad de sentencias, eliminando muchas, ya por vanas y frívolas, ya por repetidas, reunió lo mejor y más sustancioso, y esto le dió la fama, el crédito y la autoridad

semidivina de que él goza entre los de su nación y casta, con provecho y bienandanza de todos.

Por este lado, pues, yo me inclino á desear que se escriba mucho, aunque se nos antoje que no es de mérito, porque sin tanta rapsodia no hubiera salido la *Ilíada*, y sin tanta sentencia no hubiera podido extraer las suyas el sabio Confucio.

En España, dejando en suspenso el decir si es bien ó mal, ya que en mi entender para todo hay razones, se escribe poco en proporcion de lo que en otros países se escribe. Y aún de eso poco que se escribe en España, no suele ser lo peor lo que, por incuria ó falta de estímulo, queda inédito ó pasa ignorado.

Notable prueba de lo que digo pudieran dar bastantes varones ilustres, que ocuparon las sillas de esta Academia, cuyas obras, de gran importancia unas, y otras de sabrosísima lectura, andan perdidas en los periódicos, ó existen manuscritas y expuestas á perecer, sin que nadie las imprima y publique en coleccion: así, por ejemplo, los escritos de D. Agustín Durán, de D. Antonio Alcalá Galiano, de D. José Joaquín de Mora y de otros.

Los españoles son más aficionados al tumulto del espectáculo público que á la soledad

y al retiro, y más se avienen con emplear los oídos en escuchar, que los ojos en leer las creaciones del ingenio, por donde éste suele mostrarse, mejor que en el libro, en el teatro y en la tribuna. De aquí que nuestra Academia elija gran parte de sus individuos entre los autores dramáticos y los oradores.

De los últimos hay varios que apenas han dejado escritos, por faltarles tiempo y aliciente para escribir, si bien por lo poco que dejaron es fácil rastrear y columbrar cuánto hubieran acertado al hacerlo, si con afán hubiesen dedicado á tales tareas las altas prendas de escritores que los adornaban. Valga como muestra la bellísima cita, hecha por el Conde de Casa-Valencia en el discurso á que contesto, de un artículo del Sr. Ríos Rosas, *La mujer de Canarias*, única producción en prosa, que á más del discurso de recepción aquí, confieso conocer, como trabajo meramente literario, de tan eminente repúblico y tribuno.

El nuevo Académico, á quien tengo la honra de contestar, se cuenta entre aquellos que vienen principalmente aquí á título de oradores, como Pacheco, Olózaga, Gonzalez Bravo y el citado Ríos Rosas.

Su elocuencia parlamentaria y didáctica es

harto digna de este premio. Fácil y discreto en cuanto dice, une el Conde, á la elegancia de la frase, la nitidez, la correccion y el método, que valen tanto para hacerse comprender; la amenidad y la gracia, que atraen al auditorio y ganan las voluntades; la firmeza que infunde el convencimiento; y la circunspeccion, la medida y el sereno reposo, que cuadran y se ajustan tan bien con la índole del hombre de Estado.

Pero el nuevo Académico no ha lucido sólo en las Asambleas políticas las dotes que como orador le distinguen, sino que, durante tres años, ante numeroso y complacido concurso, ha dado en el Ateneo interesantes lecciones sobre *La libertad política en Inglaterra*, las cuales, con aplauso general y no escaso fruto de los que estudian seriamente la política, corren impresas en tres volúmenes. En ellos, á más de campear las excelencias que ya he encomiado, se atesoran no pocas noticias históricas, para la generalidad de nuestros compatriotas desconocidas, y muchas advertencias y máximas, sacadas con tino y agüeza de los mismos hechos que se refieren.

Entre otros trabajos del Conde, es muy de alabar además uno bastante extenso, publicado en la *Revista de España*, con el título de *La em-*

bajada de Don Jorge Juan en Marruecos, en el cual, no sólo se descubren excelentes condiciones del estilo propio para la narracion histórica, sino la aptitud didáctica, sesuda y reflexiva de que el autor da tantas señales en las precitadas lecciones.

De su discurso de recepcion sería petulancia en mí el hacer aquí panegírico. ¿Cuál mejor que vuestro aplauso? ¿Qué prueba más clara de su mérito que el deleite é interés incesante con que le habeis oido?

Grande es mi deseo de contestar dignamente á dicho discurso; pero ni la premura del tiempo, ni las dolencias y graves disgustos, que en estos dias me han aquejado, ni mi falta de serenidad y de paz interior, habrían de consentirlo, aunque la pobreza de mi erudicion y la corteidad de mi entendimiento no lo estorbasen.

El tema sobre que versa el discurso no puede serme más simpático; pero esto no basta.

Con ocasion de que las mujeres se complacen ahora en asistir á estas reuniones, encarece mi amigo y compañero la capacidad que hay en ellas para el cultivo de las letras y cuán útil y conveniente es que las cultiven. En todo esto mi mente se halla en perfecta consonancia con la suya. Nada diria yo, aunque supiera decirlo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN